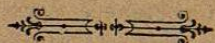


horrores del Gólgota, al consumir el sacrificio de sí misma, toda es voluntad, toda magnanimidad, toda fortaleza; cien hijos como Jesús hubiera acompañado al sacrificio por justificarnos que su cariño no disminuye. Y con este cariño se presenta en paralelo el resfriamiento de nuestro amor; cien Madres como María seremos nosotros capaces de dejar solas por no abandonar un sólo pensamiento, ni renunciar á uno sólo de nuestros apetitos, ni sacrificar una siquiera de nuestras pasiones. Al entrar la co-redentora del mundo, al retirarse desconsolada al ángulo más escondido de la casa de San Juan, como que para Ella ni hay ya Jesús, ni hay sepulcro, ni hay Calvario; no hay más que cristianos, y pecadores, y gracia, y virtudes, y mucha caridad. Por eso su soledad allí toma proporciones incalculables: es como aquellas tempestades del mar que principian con el sordo mugido de las olas, crecen y braman como las furias de los abismos y se levantan como montañas, llevando á su fondo las víctimas y la consternación á las playas. Al frente, casi al lado mismo de esa misericordia con que nos brinda María Santísima, está nuestra ingratitude: cristianos en el nombre, pecadores en la realidad; muy necesitados de la gracia, pero muy despreciadores de la gracia; y cuanto con más misericordia nos llama la Virgen, parece que más nos apresuramos á volver las espaldas á la soledad de su corazón. ¿A dónde vamos á parar, católicos hermanos míos? Cada lágrima de sus ojos es un nuevo afecto; cada suspiro de sus labios brota una nueva virtud; cada latido de su pecho revela un nuevo sacrificio; y si con un solo pecado renovamos la Pasión de Jesús, con ese solo pecado renovamos también la soledad de María; si Jesús ha muerto por todos y por cada uno de nosotros, María está sola por todos y por cada uno de nosotros. Cuando dice: *Ego enim derelicta sum sola*. «¡Estoy sola!» nos lo dice á los cristianos. ¿Y nos desviarémos? ¿Lo escucharemos con indiferencia? ¿Nos entibiarémos en amarla, ó herirémos de muerte con el cuchillo de la ingratitude á la que es el aliento y la respiración de nuestra vida...? Recojámos; meditémoslo bien y acompañemos á María Santísima, porque en ello nos vá nada ménos que la felicidad en este mundo, y despues la salvación y una corona de inmortalidad en las moradas de la gloria. Así sea.



DISCURSO XV.

Humildad de María Santísima.

Quia respexit humilitatem ancillæ suæ, ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes.

Porque vió la humildad de su esclava, por eso me llamarán bienaventurada todas las generaciones.

(S. Lúe., I, 48.)

Qui se exaltat, humiliabitur.

El que se ensalza, será humillado.

(S. Lúe., XIV, 11.)

QUÉDESE en hora buena, pueblo cristiano, para los superiores talentos que en alas de su saber se remontan hasta la region de los astros, el describir las grandezas de esos dos resplandecientes luminares, delicia y vida del mundo en el día y en la noche. Yo me dirijo á lo pequeño, impelido sólo por la admiración que producen las obras de Dios; fijo mi consideración en la estrella más diminuta y escondida, seguro de encontrar en ella un abismo de maravillas del Omnipotente.

Quédesese para imaginaciones ardientes cantar, describir y analizar los empinados cedros y los frondosos álamos que levantan sus copas hasta las nubes, que dan sombra á poblaciones enteras, y que figuran en el gran libro de la naturaleza como una página de incomprensibles maravillas. Yo me detengo con placer delante de un pequeño arbusto que silencioso y retirado vive, sin que por eso publique ménos la gloria y la sabiduría del Supremo Hacedor.

Resérvense los poetas, absortos siempre en sus bellísimas concepciones, el derecho de cantar los matices y los aromas, la constitución y la galanura, la reproducción y los encantos de la reina de las flores, de la rosa de Alejandría, ó de la azucena plantada

junto las corrientes de las aguas. Yo no quiero más poesía que la incalculable que arroja de sí una modesta violeta, tranquila flor que no necesita ser vista para saberse que existe, y que embarga el corazón y la mente cuando consideramos que una cosa tan pequeña produce unos efectos tan grandes.

Estudien unos la extensión, la profundidad, la longitud, los movimientos y las alteraciones imponentes de los mares, el curso de los ríos, el origen de las fuentes...; á mí me basta para bendecir á Dios contemplar una gota de agua. Vuelen estos en seguimiento del águila; yo tengo bastante con una solitaria tórtola: canten aquellos á los héroes, á los grandes, á los conquistadores del mundo; á mí me satisface la aparente pequeñez de los que viajan para el cielo.

Desháganse, finalmente, espíritus y corazones perfectos en la publicación y la alabanza de todas las más sublimes virtudes, y esto es más positivo; yo me contento por hoy con poder decir algo, con merecer explicar alguna cosa de una virtud que hasta en el nombre aparece la más pequeña, siempre escondida y encorvada por sí, pero siempre manifiesta y exaltada por la voluntad de Dios. Hija del cielo, amante esclava del divino amor, fundamento de la santidad y bendición de todas las generaciones: *Ex hoc beatam me dicent omnes generationes*. La virtud de la humildad. Si me propongo hablaros de esta virtud; pero, para que redunde en honra y gloria de Dios y de María Santísima, os presentaré el pensamiento de mi discurso de la presente manera:

María Santísima, verdaderamente humilde, por eso ensalzada: nosotros, hablando en tésis general, falsamente humildes, y por eso humillados.

Ave Maria.

El que quiera saber qué es humildad, propóngase resolver el gran problema de la antigua filosofía, que comprende todos los demás problemas relativos á la grandeza del hombre y á la dignidad humana. *Nosce teipsum*. Conócete á tí mismo. Y encontrará sábios, encontrará filósofos, encontrará héroes de todas clases y condiciones, pero no encontrará seres efectivamente grandes, porque no los hubo verdaderamente humildes. Pero sobre las ruinas y los escombros de las miserias humanas empieza el Cristianismo á pasear el carro de sus victorias, y á difundir por todas partes la civilización y la verdad; y en el cuarto siglo de nuestra era, un hombre colosal, un sér degradado la mitad de su vida por

la falta de conocimiento de sí mismo, San Agustín, rasgada la venda que oscurecía su inteligencia, queriendo clasificarse y analizar en sí á toda la especie humana, exclamó desfallecido: *Noverim te, noverim me*. Conociérate á tí y conoceríame á mí. Y haciendo un esfuerzo superior para mirar atrevido la majestad, la grandeza y la infinidad de Dios, confiesa su nada y lanza un grito de humildad que le hace de una magnitud incomparable, *Noverim me, noverim te*; pero conociérame yo, Dios mío, y te conocería á tí. Sentencia sublime que, bien meditada, parece que anuncia cuanto puede anunciarse de la virtud de la humildad, pensamiento dignísimo de la humildad de espíritu y de la riqueza de entendimiento del gran San Agustín.

Apartémonos, sin embargo, de filósofos y de Santos que nos explican que la humildad es el conocimiento de sí mismo, y contraigámonos á la Sabiduría increada, al impecable por esencia, al Santo por excelencia, á Jesucristo que viene á regenerar el mundo. *Formam servi accipiens*. Tomando la forma de siervo. Que viene á salvar á los hombres. *In similitudinem hominum factus*. Con toda la semejanza de los hombres. Y que viene á deificar al hombre. *Et habitu inventus ut homo*. Revistiéndose de nuestra carne y de nuestra humana naturaleza. El que quiera saber qué es humildad, que oiga á Jesucristo, que mire á Jesucristo, que siga á Jesucristo; pero tenga entendido que para seguirle se necesita: *Abneget semetipsum*. Negarse á sí mismo, conocerse á sí mismo, despreciarse á sí mismo, ser humilde, y nada más. Jesucristo predica y practica la humildad como puerta del cielo y base de una santificación no fingida; la predica y la practica como una virtud posible de practicarse por el hombre, y al hacerlo acompaña la amenaza de los castigos que caerán sobre el soberbio. *Qui se exaltat, humiliabitur*. Y expresa los premios que descenderán sobre el humilde. *Qui se humiliat, exaltabitur*. Comprende nuestro corazón, que ha salido de sus manos, mejor que nosotros mismos: sabe la repugnancia de nuestro entendimiento y la obstinación de nuestra voluntad á mortificar el orgullo; y abriendo las entrañas de su misericordia, nos dice con los acentos del divino amor: *Discite á me quia mitis sum et humilis corde*. Y pone delante de nuestros ojos los óptimos resultados de este dichoso aprendizaje. *Et invenietis requiem animabus vestris*. Descansarán vuestras almas en el seno de una perpétua paz.

¡Jesucristo! ¡Y quién somos nosotros, me diréis, para creernos capaces de imitar en sus humillaciones á Jesucristo! Jesucristo, que si bien es hombre, permanece inseparablemente unido con la

divinidad de Dios, y en quién en vez de abatida y anonadada la naturaleza divina, se encuentra engrandecida y como divinizada la naturaleza humana. Necesitamos un modelo secundario, un sér intermedio, colocado entre el Salvador y los hombres, y que nos presente el modelo de humildad en una pura criatura. ¿Sí? pues ahí tenéis á Maria Santísima, siempre humilde, humilde como ninguno, criatura verdaderamente humilde y por eso ensalzada; pero no anticipemos ideas.

Sabemos, estamos íntimamente convencidos de que el reino de los cielos no es para los soberbios; de que necesitamos ser humildes; pero todavía no sabemos qué es humildad. Pues, estudiemos. El Espíritu Santo nos indica en el sagrado libro de los *Cantares* un *huerto cerrado*: el Espíritu divino no nos dice qué es lo que hay dentro de este huerto; pero se supone que será lo más delicado, lo más suave, lo más sazonado de frutos, que ni la lengua puede explicar ni el entendimiento comprender. Nos dice solamente que está cerrado; pero nó nos explica si el muro que lo rodea es de pórfido, de jaspe ó de mármol, ni si la puerta es de bronce, de plata ó de oro, y nosotros debemos suponer que está modestamente cerrado. Pues aquella cerca es la humildad: los frutos que no se ven son todos los que produce la verdadera humildad; lo que en el huerto se encierra es un alma invencible colocada tras de toscas apariencias, y de la que, por su humildad, el demonio mismo tiene que defenderse.

Jesucristo, por San Mateo, nos habla de una *preciosa margarita*, para comprar la cual un negociante en piedras de valor vende todos los bienes que poseía. Aquella margarita es la humildad: y el negociante es el hombre que, encontrándola se despoja de cuanto formaba la riqueza de su corazón; porque en esta virtud lo tiene todo. El mismo Salvador nos habla de *un grano de mostaza* que, siendo pequeñísimo entre todas las simientes, crece hasta hacerse un árbol frondoso y corpulento á cuya sombra anidan todas las aves del cielo: este grano de mostaza, esta simiente, cristianos, es la encantadora y santísima virtud de la humildad. Ella, á semejanza de los majestuosos cedros del Líbano, sólo se cuida de crecer hácia abajo, es decir, de profundizar sus raíces, escondidas en el corazón de la tierra, quedando á los cielos el cuidado de su nutrición y crecimiento exterior; procura crecer de día en día en grados de abatimiento y menosprecio, y Dios la eleva tanto, la ensalza tanto, la engrandece tanto, que llega á ser la pacífica morada donde anidan las demás virtudes, que son, dicho con toda propiedad, las aves de los cielos.

Pues bien: contemplemos á Maria, y en las deferencias con que el Altísimo la trata, y en su santidad, y en sus destinos, alcanzaremos á ver que Ella es la realidad de estas parábolas; que Ella es, á no dudarlo, la personificación de la humildad. Huerto cerrado, católicos, velado siempre por las apariencias de un profundo abatimiento, esperada del mundo, pero desconocida y voluntariamente casi invisible é impenetrable á los asaltos del espíritu de la soberbia. Por eso dentro de ese corazón perfectamente vírgen, dentro de esa alma más que angelical é inmaculada, en el interior de ese huerto que se ha preparado la Individua y Santísima Trinidad, germina, nace y crece el fruto á quien el cielo y la tierra llaman *bendito*, y á quién el cielo y la tierra denominan *Jesus*. Maria, la misericordiosísima Maria, es la escogida y apreciable margarita del Evangelio: un negociante en perlas, como si dijéramos el Omnipotente que anda siempre en busca de séres humildes para ensalzarlos, busca á Maria desde la eternidad, y desde la eternidad la encuentra como la desea para la realización de incomprendibles misterios y para la adjudicación de magníficos destinos que sólo podían concederse al alma que por más humilde fuese la más digna entre todos los escogidos. Yo te saludo, margarita preciosísima á quien el Señor engrandece por humilde, elevándote hasta la maternidad divina, y á quien por Madre de Dios y por humilde llaman Bienaventurada todas las generaciones. *Ex hoc beatam me dicent omnes generationes.*

El grano de mostaza es Maria: contempladla si no, en el seno de Dios, formándose, creciendo, dilatándose por humilde á los ojos de la divina esencia: contempladla depositada en el universo por la mano del celestial Sembrador, delicada semilla que se nutre de la humildad, que vegeta en la humildad, que en la humildad se desarrolla, y que sólo es conocida cuando, árbol de colosales dimensiones, hace sombra con su follaje á la desconsolada humanidad, y sirve de asilo á todas las virtudes y de manto á todos los Santos del cielo. *Regina Sanctorum omnium*. Sí, cristianos; Maria es una criatura verdaderamente humilde (1). «Ella es humilde en el alma, y por eso inmaculada, humilde en el cuerpo, por eso hermosísima sobre todas las mujeres; humilde en las potencias,

(1) Los hermosísimos conceptos siguientes no son míos; son tomados de un panegirista de la Vírgen, y he olvidado completamente la obra de que los tomé; por eso no puedo citarla. Conste, pues, que no es un plagio; y que lo que se lee hasta la conclusión del párrafo, es de un amante de Maria que puede y sabe más que yo.

por eso revestida del sol; humilde en los sentidos, por eso coronada de estrellas; humilde en sus piés, por eso quebranta la cabeza de Satanás; humilde en sus manos, por eso compone y ordena las maravillas de la creacion; humilde en sus pensamientos, por eso habita en los consejos eternos; humilde en sus palabras, por eso sale de la boca del Altísimo; humilde en sus obras, por eso elegida cooperadora á la redencion del género humano; Maria, humilde en la pobreza, por eso más que ninguna enriquecida de celestiales riquezas; humilde en la prosperidad, por eso Reina de la tierra; humilde en la adversidad, por eso Emperatriz de los cielos; humilde en el tiempo, por eso Madre de los hombres; humilde en la eternidad, y por eso Madre de Dios.»

La humildad incontrastable de Maria Santísima ni aún se empaña con la ciencia que tiene de Dios, como Madre de Dios y Señora de todo lo criado; ni con la comprension de la inagotable gracia que habia recibido; ni con el conocimiento de las maravillas que en Ella y por Ella se obraban; ni con ser depositaria de todos los tesoros del Sér Supremo que estaban á su disposicion. Ni con ser Madre, ni con ser inocente, ni con ser poderosa, ni por sus propios milagros, ni por los de su Santísimo Hijo, ni por nada, se altera la humildad de Maria Santísima; por eso su bendita alma ni se extremece siquiera cuando dentro de sus entrañas obra el Espíritu Santo el milagro de los milagros, el gran milagro de todos los siglos, el misterio adorable de la Encarnacion. Cuando un Angel la saluda como á su Reina, Ella se confiesa como la sierva. *Ancilla*. Y el *fiat* de la mayor bajeza y del mayor abatimiento, dice San Bernardo, se convierte en el *fiat* de la mayor gloria que puede imaginarse.

Resultado: que Maria es verdaderamente humilde, y el Señor se detiene y se recrea contemplando su humildad. *Rexpexit humilitatem*. Que Maria es verdaderamente humilde, y el Omnipotente la hace blanco de todas sus grandezas. *Fecit mihi magna qui potens est*. Maria Santísima es verdaderamente humilde, y por eso verdaderamente engrandecida, y aclamada y bendecida por todas las generaciones. *Beatam me dicent omnes generationes*. ¿Y nosotros? Nosotros falsamente humildes, y por eso humillados. Veamos.

Nosotros, falsamente humildes, que es decir verdaderamente soberbios. ¿Y qué es la soberbia? Un apostólico misionero de nuestra época exactísimamente la define, diciendo que es «una en-

fermedad del alma por la que el hombre se hincha y no cabe en sí mismo.» Y ciertamente, cristianos; la soberbia principia en el mundo apénas el hombre aparece sobre la tierra. Ninguna de las maravillas de la creacion se ensoberbece ni se rebela contra su Criador; ántes, aunque insensibles, confiesan que han salido de la nada, y, segun el Profeta, los cielos pregonan la gloria de Dios, y el firmamento publica ser obra de sus manos. *Cœli enarrant gloriam Dei* (1). Sólo la criatura racional, sólo el hombre, solamente nosotros que tenemos más y mayores motivos para humillarnos, levantamos el estandarte de una rebelion permanente contra Dios.

Que los Angeles, que como puros espíritus eran un conjunto de dónes y de bellezas se sublevaran, pase; pero que el hombre, estiércol en lo pasado, miseria en el presente é infeccion en el porvenir se levante contra el que le ha puesto en la tierra para merecer el cielo, esto es incomprendible. Porque, en realidad, ¿qué es el hombre? ¿Qué hay en el hombre que pueda excitar su orgullo y vanidad? El hombre es un conjunto de cuerpo y alma racional: y la Trinidad Santísima, al decir hagamos al hombre, *faciamus hominem*, no echó mano para formar este cuerpo del oro ni de la plata, de los metales ni de las piedras preciosas, sinó del lodo, es decir, de lo más inmundo y de lo más repugnante que hay en la nada de la naturaleza. El alma es criada á imágen y semejanza de Dios, poco inferior á los Angeles y superior á todas las obras de sus manos; pero mirad al alma en la morada del leproso; es decir, miradla en el cuerpo del prevaricador Adan, de todos sus descendientes, de nosotros mismos, y encontraremos ¡ay señores! un foco siempre viviente de soberbia y un tejido infinito de humillaciones.

Peca Adan, y, despojado de lo sobrenatural, es arrojado del Paraíso y condenado á lamentable destierro; pecamos en él nosotros, el cáncer de su alma se trasmite á la nuestra, y esta es la primera y la mayor humillacion que sufrimos, y nos sigue á todas partes la desolacion, la maldicion y la muerte. Se ensoberbece Adan, y con él nosotros, y una lucha continua del mal contra el bien, del error contra la verdad, nos tiene en un completo desorden: todos comemos de la fruta prohibida; todos nos sentimos heridos de la víbora de la soberbia, y todos nos reconocemos humillados. La soberbia es el pecado que más aborrece Dios y que más estragos

(1) David: Salm. 18, v. 1.

causa en el mundo; la soberbia es aquella zizaña que en medio del buen trigo sembró el enemigo del padre de familia; es la semilla de todos los pecados; quítame del mundo la soberbia, y me atrevo á asegurar que desaparece todo pecado. Pero dejadme el demonio de la soberbia con sus invenciones y sus astucias, y no esperéis más que la humillacion más dolorosa por todas partes.

Apartémonos del ejemplo tristísimo de nuestros primeros padres, y fijémonos en su descendencia. La soberbia de Cain es humillada con una maldicion que le sigue por todas partes; la soberbia de un Aman es castigada con la humillacion de un patíbulo; la soberbia de un Salomen, con la humillacion de una idolatria abominable; la soberbia de un Baltasar y de un Holofernes, con la humillacion de una muerte desastrosa; la soberbia de un Herodes, con la humillacion de los gusanos que devoran sus entrañas, y la soberbia de un Judas, con la desesperacion y la impenitencia final.

Esos son casos particulares y aislados, me argumentarán algunos espíritus fuertes y despreocupados pensadores. ¿Sí? pues vamos á los hechos generales, á los castigos visibles de la soberbia de las sociedades. Nó porque Dios sea muy misericordioso puede dejar de ser infinitamente justo, y su justicia resplandece siempre en el castigo de la soberbia. La de las primeras generaciones es humillada con el diluvio: la soberbia de la Pentápolis con un incendio voraz que reduce á cenizas moradas y moradores: la soberbia de los ejércitos de Faraon, con su sepultura en el mar Rojo: la soberbia deicida del pueblo judío con la destruccion de su templo, de su sacerdocio, de sus ritos y ceremonias, con la proscripcion continua y con el anatema indeleble de la sangre del Justo que lleva siempre estampado sobre su frente.

Y vosotras, modernas sociedades, y tú, mundo de hoy, que corres á pasos agigantados por lo que locamente llamas camino de la civilizacion, de la restauracion y del progreso, y que en realidad no es otra cosa que el desarrollo de una soberbia desvergonzada, detente, contempla un momento la verdad, y te vencerás de que todo es orgullo, y de que todo es humillaciones. *Vanitas vanitatum, et omnia vanitas* (1). Vosotros, pretendidos sabios del dia, que hasta al mismo Dios queréis someter á vuestra razon descaminada, deteneos en vuestra senda de perdicion y escuchadme: ¿decís que las revoluciones son una necesidad para

(1) Eccles., cap. 1, v. 2.

que las sociedades se constituyan con arreglo al espíritu del siglo? Nó; las revoluciones son el castigo de la soberbia de los que, debiendo ser custodios de la autoridad que de los cielos recibieron, ni la ejercen ni la defienden como debieran; y de los que, defensores de la anarquía, se sublevan constantemente contra toda autoridad. ¿Decís que las guerras son necesarias para que las naciones se unifiquen y establezcan con absoluta independencia? Nó; las guerras son la terrible humillacion con que Dios castiga la soberbia de los conquistadores, de los ambiciosos y de los usurpadores. No atribuyais á la casualidad, como soléis hacerlo, esas pestes formidables, esas hambres espantosas que destruyen pueblos y provincias, y siembran el terror y el espanto entre todas las criaturas: nó; son la humillacion con que Dios castiga (y cuidado, que Dios no es la casualidad) la soberbia de los impíos, de los sensuales y de los usureros. No creais sólo causas naturales las revoluciones de la atmósfera, las tempestades, los naufragios, los incendios y toda esa multitud incalculable de calamidades que nos rodean: nó; son humillaciones con que Dios castiga la soberbia de todos en general y de cada uno en particular. Las enfermedades, las muertes repentinas, la pérdida de los empleos, riquezas, honores y dignidades; la infidelidad en los matrimonios, la deslealtad en los amigos, la corrupcion en los hijos de familia, la desmoralizacion que cunde y la indiferencia religiosa que se apodera de casi todos, no son otra cosa que humillaciones de esa soberbia que corroe, gangrena y domina á todas las clases y condiciones de la sociedad.

No faltan humildes, me diréis: ciertamente que los habrá, os contestaré; pero en cambio sobran orgullosos escribas é hipócritas fariseos: no falta humildad en los lábios, pero sobra soberbia en el corazon: tenemos que confesarlo llevando la mano á nuestro pecho: «somos falsamente humildes, somos ostensiblemente soberbios, y por eso nos vemos verdaderamente humillados.» *Qui se exaltat, humiliabitur.*

Pero aún es tiempo: aprovechémonos de la humildad ejemplarísima de Maria, y procuremos imitarla: tengamos presente que el Espíritu Santo ha escrito: *Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratiam.* Dios rechaza á los soberbios y comunica sus gracias á los humildes (1). Seámosle en toda nuestra vida y en todas las circunstancias que nos rodean, para que llevando la cruz

(1) 1.ª S., Pet., v, 5.

de las humillaciones y buscando siempre la humildad en seguimiento de Jesus y de Maria, tengamos la dicha de ir á ser engrandecidos y laureados de inmortalidad en las moradas de la gloria.



DISCURSO XVI.

Fe, con relacion á Maria Santísima.

Beata, quæ credidisti: quoniam perficientur quæ dicta sunt tibi á Domino.

Bienaventurada tú, la que creiste: porque en tí se consumará cuanto te ha prometido el Señor.

(S. Lúe., I, 45.)

Qui crediderit et baptizatus fuerit, salvus erit; qui veró non crediderit, condemnabitur.

El que creyere y fuere bautizado, se salvará; pero el que no creyere, se condenará.

(S. Márc., cap. xvi, 16.)

MUCHO me agrada, católicos, contar casi con toda seguridad con un auditorio de creyentes; pero no me desagradaría dirigirme á una reunion de esos séres desgraciados que de todo dudan, todo lo rechazan y todo lo niegan. Quisiera que me escucharan en esta tarde esas criaturas desgraciadas que arrojan de sí toda verdad fundamental de nuestra Religion, por la futilísima pero para ellos poderosa razon de que no las comprenden: ó esas otras más desgraciadas, más miserables aun que aparentan nó creer, pero sólo con la infernal idea de no obedecer otra ley que sus pasiones ni seguir otro camino que los desacertados impulsos de su corazon. Á unos y á otros hablaría con el lenguaje hermosísimo de la misericordia divina, procurando convencerles y consolarles: á unos y á otros, prescindiendo, mediante Dios, del terrorismo de que hecha mano el que habla de su propia cosecha, obligaría á que, con la llave del amor de Dios, abriesen siquiera una vez el libro de su conciencia y registrasen y vieses cuál era